

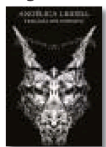
«Mi motor es el odio»

JUAN I. GARCÍA GARZÓN

Nueva entrega trífida de la escritura candente de Angélica Liddell (Figueras, Girona, 1966), un torrente en el que la constante presencia de lo sagrado se adensa en una turbadora perorata sobre el sexo y la violencia, el problema de la belleza, la fascinación por la muerte y la tentación del infinito. El teatro «es el único lugar donde sé vivir y decir lo que pienso sin la presión del pacto social», ha dicho la autora, que enhebra referencias filosóficas, plásticas y literarias con contenidos confesionales, enbarolando una rabiosa apoteosis de la genitalidad y lo excrementicio.

«Mi motor es el odio. Sin él no puedo trabajar: siempre escribo en estado de ira». Esta frase, recogida en *Trilogía del infinito*, da idea del punto de ebullición de las tres obras agrupadas en el volumen: *Esta breve tragedia de la carne*, *¿Qué haré yo con esta espada?* y *Génesis VI: 6-7*. La primera es una pieza muy breve que tiene como ángel tutelar a Emily Dickinson, quien, según Liddell, desafió al mundo racional para defender con su reclusión la belleza del mundo interior. Otra poeta, Sylvia Plath, es la presencia que hace vibrar *Génesis VI: 6-7*, una sucesión de textos cortos dispuestos como poemas. *¿Qué haré yo con esta espada?*, titulada con un verso de Fernando Pessoa y estrenada el pasado julio en el Festival de Aviñón, engloba una obsesiva aproximación a la figura del canibal japonés Issei Sagawa —que en 1981 asesinó, descuartizó y devoró en París a una estudiante holandesa—, y a la matanza yihadista de noviembre de 2015 en la capital francesa. Un «enfrentamiento entre la poesía y la ley» que contiene una suerte de alucinada fascinación por los asesinos e incluye alusiones a los estadounidenses Ted Bundy, depredador de cerca de un centenar de mujeres, y Jeffrey Dahmer, conocido como el carnicero de Milwaukee.

Trilogía del infinito Angélica Liddell



Teatro
La uNa RoTa,
2016
414 páginas
20 euros

Raros como yo

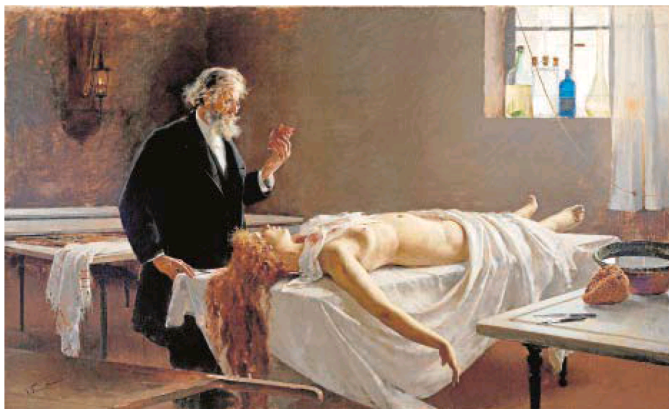
Café romántico

POR JUAN MANUEL DE PRADA

Raro rarísimo, incógnito y olvidado, Fernando Villegas Estrada fue un delirante cantor de la bohemia

Hoy evocamos a un raro tan raro que ni siquiera sabemos qué pinta tenía, pues nunca se hizo un retrato; o, si se lo hizo, quedó perdido en alguna mudanza o desahucio. Tampoco sabemos las fechas de su nacimiento y defunción, de modo que hablar de Fernando Villegas Estrada es tanto como invocar un espectro. En uno de sus poemas se describió así: «Soy feo: el perfil brusco, la nariz de Cyrano. / Llevo siempre un vestido oscuro, azul o gris, / y quiero dar a todos la gracia de mi mano, / con una aristocracia de Francisco de Asís». A falta de fotografías que testimonien su fealdad, contamos con las semblanzas que le dedicaron César González Ruano y Alfredo Marquerie: el primero lo recuerda pequeño, con cara de guillotinado y ojos de loco acorralado; el segundo destaca sus manos nerviosas, su gran nuez «que subía y bajaba por su delgado cuello de pollo desplumado, y una voz nasal, cortante, impertinente, despreciativa».

Ruano afirma que había «nacido en la Andalucía»; y aventura que su edad rondaría «los cuarenta allá por 1925». Había estudiado medicina en Madrid, donde frecuentó las pensiones rumorosas de ronquidos y gargajos; y luego recorrería como médico rural los pueblos duros y terribles de Castilla, repartiendo cataplasmas, vermífugos y lavativas. En 1913 publica *El buen Kong-Sol-Ador (Quisicosa fantástico-china)*, un delirante vovodvil sicalíptico protagonizado por un chino «tocador de clarinete» que, víctima de un naufragio, llega a nado a una isla habitada por Amazonas con furor uterino que se abalanzan al alimón sobre él; como no puede satisfacerlas a todas, tiene que inventar «un aparato que lleva mi nombre, con dos peras de caucho, una para pulverizaciones frías y



Los poemas de Villegas sobre sus estudios recuerdan a «¡Y tenía corazón!», de E. Simonet

otra para calientes». El vovodvil se remata con un cuplé muy picantón, que no reproduciremos para no soliviantar a nuestros lectores más castos.

En 1913, Villegas Estrada consigue plaza de médico en Burgos, donde se enamorará sin suerte de una damita rubia «que tocaba el piano». Además de profesar amores tan cloróticos, Villegas colabora en la prensa local y escribe *La risa del diablo* (1918), una farsa carnavalesca y macabra que estrenaría en la ciudad del Arlanzón, con decorados y figurines del pintor Manuel Redondo, el mismo que más tarde ilustraría su *Café romántico*.

Diezmar la población

En 1918, sin embargo, Villegas es trasladado a Carbonero el Mayor, un pueblo de Segovia donde, cuando se declare la pandemia de gripe, se negará a detener la mortandad, alegando que profesa ideas malhusianas y que, por tanto, cree conveniente que se diezme la población, para robustecimiento de la especie. Marquerie afirma que Villegas fue procesado e inhabilitado durante varios años; purgada su falta, las autoridades sanitarias le ofrecieron plaza en una casa de socorro de Madrid. Por fin podría respirar «el vaho azulino y espeso» de los cafés, por el que siempre había suspirado.

La presencia del médico poeta en la capital se hizo no-

tar enseguida, pues desatendía a sus pacientes para escaparse al Café Varela, cónclave de bohemios y anarquistas, donde recitaba sus poemas con voz desgañada. Otras veces no podía atenderlos porque había empeñado su botiquín para comprarse un litro de aguardiente. En los ratos de lucidez, fue escribiendo el mencionado *Café romántico* y otros poemas (1927), que el cachondo de Ruano califica en el prólogo de «libro prócer para el que yo vaticino el laurel y la rosa». En sus poemas, Villegas canta los amores embusteros, las verbenas con olor a churros, pero sobre todo —haciendo honor al título— los cafés antiguos, donde «en un fondo oscuro, toca un violín barato, / y viene a saludarme, con su run-rún sonoro, / zalamero y pacífico, mi buen amigo el gato».

Tampoco faltan las evocaciones entre galantes y truculentas del Colegio de San Carlos, donde cursó sus estudios: «¿Te acuerdas tú de aquella lección de Anatomía? / Fue una tarde de otoño que hicimos disección. / En la mesa de mármol del anfiteatro, había / el cadáver de una mujer sin corazón».

Fernando Villegas Estrada consumió los últimos años de su existencia en un tráfago de

viajes absurdos, experiencias ocultistas y dietas obligadas que lo condujeron a la caquexia. Marquerie nos cuenta que sólo se alimentaba de café con leche, para no ingerir toxinas; también nos detalla cierto viaje que hizo a París, del que volvió muy defraudado, porque vio la ciudad muy cambiada respecto a sus ensoñaciones.

Alaridos a la noche

Hacia el final de sus días, abandonó la medicina, o tal vez la medicina lo abandonó a él, y durmió a la intemperie, en compañía del niño poeta Armando Buscarini, al que hacía «confidencias misteriosas» sobre los habitantes de la luna. Debí de extinguirse algún día sin calendario, tal vez entre la escombrera humana ocasionada por la Guerra Civil, habitante de sus quimeras, lanzando alaridos a la noche que se quedaba

callada y mohina. Marquerie lo recuerda, en sus días postreros, reducido a la osamenta y con los ojos esmaltados de fiebre, rompiendo en ańicos sus poemas, para que nadie pudiera copiárselos. Así, al menos, murió con el consuelo de no haber dejado discípulos ni imitadores ni plagarios. Ese pírrico consuelo que les queda a los espectros.

**PESE A SER
MÉDICO, SE NEGÓ
A COMBATIR LA
PANDEMIA DE
GRIPE POR SUS
«IDEAS
MALHUSIANAS»**

callada y mohina. Marquerie lo recuerda, en sus días postreros, reducido a la osamenta y con los ojos esmaltados de fiebre, rompiendo en ańicos sus poemas, para que nadie pudiera copiárselos. Así, al menos, murió con el consuelo de no haber dejado discípulos ni imitadores ni plagarios. Ese pírrico consuelo que les queda a los espectros.